

trado en la forma,
r expresión, como
a misma. Leopardi
r la pureza de su
deza del ser vivo,
a un límite aquel
tación, en aquella
trado entre la red
ajes ni presiones:
sido traicionados.
poco le fue neces-
la perfección ya
Y ésta también es
estras posibilida-

de Luciana Zollo

Consideraciones sobre Leopardi filósofo

Mariano Pérez Carrasco

«La poesía no es de nuestros tiempos y no debe sorprendernos si languidece como vemos, y si es raro hallar un verdadero poeta o una verdadera poesía».¹ Esto escribe Leopardi en el *Zibaldone* el 8 de marzo de 1821, es decir, contemporáneamente a la composición de los primeros textos que integran sus *Opúsculos morales*. Leopardi creía que la poesía, en tanto discurso de la imaginación, había pertenecido a los antiguos; a los modernos —es decir, a él mismo— correspondía la filosofía. De allí que la poesía que pretendiese ser moderna no sería imaginativa sino lo que Leopardi llama sentimental. El sentimiento, tal como lo comprende Leopardi, no es algo propio de la poesía, sino más bien de la filosofía: «lo sentimental está fundado y surge de la filosofía, de la experiencia, del conocimiento del hombre y de las cosas, en fin, de la verdad, mientras que la verdadera esencia de la poesía era estar inspirada en lo falso».² Es el mundo el que «se volvió filósofo». En una época signada por la filosofía, el hombre no puede más que ser infeliz: en el mundo moderno «el hombre se volvió establemente infeliz».³ En esta idea del tránsito histó-

* Conicet - UBA.

¹ Citado por A. Patat, «Introducción», en G. Leopardi, *Opúsculos morales*, Colihue, Bs. As., 2015, p. xxv. Una primera versión de este texto fue leída en la presentación de los *Opúsculos morales* en el Instituto Italiano di Cultura de Buenos Aires, el 20 de octubre de 2015.

² Ib.

³ Ib.

rico de la poesía a la filosofía –con la consecuencia de la imposibilidad moderna de la felicidad– encuentro, por un lado, una clave de acceso al proyecto filosófico y poético de los *Opúsculos morales*, y por otro lado, un índice seguro que permite colocar a Leopardi en el inicio de nuestro período histórico, es decir, de nuestra propia contemporaneidad.

Quisiera detenerme en esta preeminencia moderna de la filosofía. En una nota de su *Zibaldone*, Leopardi señala que en 1819, de poeta que él era, se volvió «filósofo de profesión»:

«La mutación total en mí y el pasaje del estado antiguo al moderno tuvo lugar, se puede decir, en el giro de un año, esto es, en 1819, cuando privado de la vista y de la continua distracción de la lectura, comencé a sentir mi infelicidad de manera más tenebrosa, comencé a abandonar la esperanza, a reflexionar profundamente sobre las cosas... y a volverme filósofo de profesión (de poeta que era yo), a sentir la infelicidad cierta del mundo, en lugar de conocerla, y esto también por un estado de languidez corporal que cuanto más me alejaba de los antiguos, más me acercaba a los modernos. Entonces, la imaginación en mí se debilitó».⁴

Alejandro Patat, en su introducción a los *Opúsculos morales*, explica que esa nota no debe entenderse como el abandono definitivo de la poesía, sino como el fin de una cierta poesía, por así decirlo, ingenua, vinculada, como la de los antiguos, a la imaginación. Queda claro al leer este libro que Leopardi fue probablemente el primero en haber caracterizado al poeta moderno como un crítico, es decir, como un filósofo, y a la poesía moderna como una poesía crítica, es decir, filosófica, lo que luego se transformaría

⁴ Ib., p. xxiv.

en un lugar
Eliot, Mont
sostuvo esa
impartidas e
diversos per
que el desarr
contemporán
reconoce uná
contemporán
Hegel presen
sustituto de la
de la literatur
denados a vo
y la religión h
decir, falso–,
das como fil
dad, operand
que un siglo r
der Welt. No
movimiento c
Operette y c
introdutorio.

Fascinados
quista europe
técnicas –fasc
mo, a la conc
«Propuesta de
Silógrafos»–,

⁵ Para el vínculo
que en la década
obtener una cáte
Bunsen, ministr
Roma, como refi
Sieri, *Introduzion*
Dotti, Garzanti, N

encia de la
ntro, por un
o y poético
índice segu-
o de nuestro
ontempora-

moderna de
pardí señala
«filósofo de

lo antiguo
giro de un
sta y de la
a sentir mi
a abando-
e sobre las
e poeta que
io, en lugar
e languidez
tiguos, más
ginación en

os *Opúsculos*
derse como el
el fin de una
lada, como la
ro al leer este
nero en haber
ítico, es decir,
no una poesía
transformaría

en un lugar común con Baudelaire, Mallarmé, Valéry, Eliot, Montale, Borges, etc. En ámbito germánico, Hegel sostuvo esa misma tesis en sus *Lecciones de estética*, impartidas en Heidelberg en 1818, y luego en Berlín en diversos períodos académicos entre 1820 y 1829. Nótese que el desarrollo de la estética hegeliana es estrictamente contemporáneo a Leopardi. Ahora bien, la historiografía reconoce unánimemente en Hegel el inicio de la filosofía contemporánea. Ya en la *Fenomenología del Espíritu*, Hegel presentaba la filosofía no sólo como una suerte de sustituto de la religión, sino también de sustituto del arte y de la literatura, que para no perder vigencia estaban condenados a volverse filosóficos: lo que el arte, la literatura y la religión habían presentado de un modo mitológico —es decir, falso—, la filosofía —entiéndase: las ideas presentadas como filosofía por Hegel— mostraba ahora en su verdad, operando de ese modo un desencanto de la realidad, que un siglo más tarde Max Weber llamaría *Entzauberung der Welt*. No deja de ser fascinante constatar este mismo movimiento de ideas en Leopardi, tal como se ve en estas *Operette* y como pone de manifiesto Patat en su estudio introductorio.⁵

Fascinados por los avances de las ciencias, por la conquista europea del mundo, por el rápido despliegue de las técnicas —fascinación que no excluye la crítica al tecnicismo, a la conquista, a la ciencia, como hace Leopardi en «Propuesta de premios presentada por la Academia de los Silógrafos»—, estos primeros hombres del siglo XIX tenían

⁵ Para el vínculo entre Hegel y Leopardi resulta sugestivo el hecho de que en la década de 1820 Leopardi haya tenido la posibilidad cierta de obtener una cátedra en Berlín gracias al ofrecimiento de su amigo Bunsen, ministro prusiano y fundador el Instituto Archeologico de Roma, como refiere Paolo Ruffilli, «Introduzione», en Leopardi, *Pensieri*, Introduzione di Paolo Ruffilli, presentazione e note di Ugo Dotti, Garzanti, Milano, p. xvi.

la certeza de que su época había descubierto la verdad, y de que esa verdad —que Leopardi escribe con mayúsculas— consistía en el fin de las ilusiones antiguas, y *a fortiori* en el abandono del cristianismo. Patat señala que para Leopardi «la modernidad no es otra cosa que el período en que el hombre, conocida la árida verdad del ser, no tiene más remedio que indagar en las condiciones de la vida humana después de la verdad».⁶ Si «lo moderno es el fin de la ilusión antigua»,⁷ entonces podemos decir que nuestra época —es decir, el período que se inaugura con la Revolución de Francia y el Código Napoleónico, con Hegel no menos que con Leopardi— estaría signada por la ilusión de haber creído que los valores descubiertos y formulados en el pasado fueron ilusorios. En la «Historia del género humano», texto con el que se abren estos *Opúsculos*, Leopardi llama a los valores «fantasmas», «ilusiones», «engaños», «errores», que la filosofía muestra en su verdad, esto es, en su carácter ilusorio.⁸ En 1820 esta idea era ciertamente novedosa; Leopardi, al formularla, se condenaba a una cierta marginalidad, suscitaba un comprensible rechazo en un medio cultural —me refiero a Europa, no sólo a Recanati— que todavía vivía en las coordenadas culturales del humanismo y del cristianismo. Estas ideas, sin embargo, esta ilusión acerca del fin de las ilusiones, hacen de Leopardi nuestro contemporáneo. Lo que en 1820 era novedad, hoy es un lugar común del cual es ciertamente difícil despojarse. La lectura de estos *Opúsculos morales* nos permite aprehender la ilusión de nuestra época en su momento naciente. Este es el hilo que vincula entre sí a todos los trágicos profetas del siglo XIX, cuyos feligreses y epígonos poblaron la historia del siglo XX, y continúan

⁶ G. Leopardi, *Opúsculos morales*, p. xxiii.

⁷ *Ib.*

⁸ *Ib.*, pp. xxi y 11.

entre nosotros. genstein, de B degger, de los sin olvidar la influyentes en son igualmente min o Adorno otros. En todo estado naciente pardi: el rechaza difícil no asim llega a rechaza dificultad de m de eso que él ll de esos valores negativa descul los orígenes de introductorio. A Leopardi saca citar el siguiente no». Muertos los fantasmas por l

«a la vida hur samiento y de también el no se apagará po ellos mismos como en el p toda la espec dividida en t tanto, al no p para odiar, ca a sí mismo en problemas na

⁹ *Ib.*, pp. xxx y 17

abierto la verdad, y e con mayúsculas—uas, y *a fortiori* en ñala que para Leo- ie el período en que el ser, no tiene más s de la vida huma- erno es el fin de la decir que nuestra igura con la Revo- nico, con Hegel no da por la ilusión de os y formulados en historia del género os *Opúsculos*, Leo- «ilusiones», «enga- a en su verdad, esto sta idea era cierta- rla, se condenaba a omprensible recha- a Europa, no sólo a rdenadas culturales as ideas, sin embar- ilusiones, hacen de) que en 1820 era cual es ciertamente *Opúsculos morales* nuestra época en su e vincula entre sí a X, cuyos feligreses lo XX, y continúan

entre nosotros. De Hegel a Nietzsche, de Comte a Wittgenstein, de Baudelaire a los Novissimi, de Marx a Heidegger, de los impresionistas al último performer neodadá, sin olvidar la larga *foule* de los menores, pero no menos influyentes en la *Stimmung* de nuestra época, cuyas obras son igualmente sintomáticas: de Sartre a Derrida, de Benjamin o Adorno a Baudrillard, de Freud al '68, entre muchos otros. En todos ellos encontramos esta tendencia que, en estado naciente, podemos leer en estos opúsculos de Leopardi: el rechazo de la tradición humanística, a la que es difícil no asimilar al cristianismo. Leopardi, que nunca llega a rechazar plenamente la tradición humanística, ve la dificultad de mantener sus valores luego del advenimiento de eso que él llama, con mayúsculas, “la Verdad”; en lugar de esos valores, él pone “la nada”. La nada es la verdad negativa descubierta por Leopardi. Podemos así ubicarlo en los orígenes del nihilismo contemporáneo. En su estudio introductorio, Alejandro Patat señala las consecuencias que Leopardi saca de la irrupción histórica de “la Verdad” al citar el siguiente pasaje de la «Historia del género humano». Muertos los valores, reducidos a la condición de meros fantasmas por la acción de la Verdad,

«a la vida humana le faltará todo valor, toda rectitud de pensamiento y de acción; y no sólo el estudio y la caridad, sino también el nombre mismo de las naciones y de las patrias se apagará por todas partes; todos los hombres, según dirán ellos mismos, querrán volver a ser una sola nación y patria, como en el principio, y si bien profesarán amor universal a toda la especie, en realidad, la estirpe humana se hallará dividida en tantos pueblos como hombres existan. Por lo tanto, al no proponerse ni patria para amar, ni extranjeros para odiar, cada uno odiará a todos los otros, amándose sólo a sí mismo entre todo el género humano. Cuántos y cuáles problemas nacerán de todo esto sería infinito de contar».⁹

⁹ *Ib.*, pp. xxx y 17.

La desaparición del humanismo, históricamente identificado con los valores cristianos, no condujo de hecho al reino del vacío y de la nada, sino a los disvalores secularizados del humanitarismo. La cancelación del plano trascendente en el cual y a partir del cual adquirirían legitimidad los valores humanísticos, no tuvo por consecuencia el surgimiento de un mundo sin dioses y sin valores, o sea, un mundo de absoluta, angélica libertad, como creían, ilusoriamente, los profetas del siglo XIX. La cancelación del plano trascendente tuvo por consecuencia la redivinización del mundo y de sus contenidos, como ha señalado Eric Voegelin: a la muerte de Dios correspondió la divinización de la *humanitas*, el *amor Dei* fue sustituido por el *amor sui*. No es sorprendente que luego de la experiencia traumática de los imperios humanitarios instituidos en el siglo XX sobre ideas decimonónicas, algunos pensadores hayan señalado el vínculo entre esas ideas y sus consecuencias históricas. Pero sí resulta sorprendente que Leopardi haya visto ese vínculo antes de que las ideas humanitaristas se convirtiesen en religiones políticas, y de que las religiones políticas diesen lugar a formas plenamente secularizadas de civilización y de estatalidad. En el pasaje citado, Leopardi señala cómo la instauración del pacifismo lleva a una guerra de todos contra todos, y el amor a la humanidad no es más que un travestido amor a sí mismo, y en consecuencia conduce a la disgregación de la *societas* («la estirpe humana se hallará dividida en tantos pueblos como hombres existan»). Cuando Leopardi dice que «al no proponerse ni patria para amar, ni extranjeros para odiar, cada uno odiará a todos los otros, amándose sólo a sí mismo entre todo el género humano», está expresando una idea que encontrará su acabado desarrollo teórico recién un siglo después, en Carl Schmitt; cuando dice que «los hombres, según dirán ellos mismos, querrán volver a ser una sola nación y patria, como en el principio, y

si bien profesada, la estirpe de los pueblos como horizontes del recién teorizado gélino, entre otros. Espero no haberle este día la lectura de esta. Quisiera dar por el genio venenoso. Con estas poner en contexto tal como aparecen ocupan un lugar mundo contemporáneo. Petrarca, no me que hacer un ponernos en diálogo a Hegel o a Nietzsche. un contemporáneo. culos el lector y Leopardi es nuestro mundo, un solo francés porque. mes de los impresos en la obra ha tomar como sin caracterizado por. En la incipiente yo puse el acento que unen a Leopardi y nosotros. No es los clásicos que humanística lo o

icamente identi-
lujo de hecho al
svalores secula-
n del plano tras-
quirían legítimi-
consecuencia el
n valores, o sea,
como creían, ilu-
a cancelación del
ia la rediviniza-
mo ha señalado
pondió la divini-
sustituido por el
de la experiencia
instituidos en el
gunos pensadores
ideas y sus conse-
endente que Leo-
e las ideas huma-
olíticas, y de que
rmas plenamente
lidad. En el pasa-
uración del paci-
a todos, y el amor
vestido amor a sí
disgregación de la
dividida en tantos
do Leopardi dice
nar, ni extranjeros
; otros, amándose
ano», está expre-
do desarrollo teó-
mitt; cuando dice
mos, querrán vol-
en el principio, y

si bien profesarán amor universal a toda la especie, en realidad, la estirpe humana se hallará dividida en tantos pueblos como hombres existan», está enunciando las consecuencias del colectivismo contemporáneo, que serían recién teorizadas a mediados del siglo XX por Eric Voegelin, entre otros.

Espero no haber cansado en exceso al lector al proponerle este diálogo filosófico con Leopardi a partir de la lectura de esta nueva traducción de las *Operette morali*. Quisiera dar por supuesto que el lector ya conoce y admira el genio verbal y conceptual del filósofo-poeta de Recanati. Con estas breves páginas deseo haber contribuido a poner en contexto el pensamiento filosófico de Leopardi tal como aparece en estos textos que, como quise mostrar, ocupan un lugar de privilegio en el origen de nuestro mundo contemporáneo. Cuando leemos a Dante o a Petrarca, no menos que a Rousseau o a Voltaire, tenemos que hacer un esfuerzo de imaginación histórica para ponernos en diálogo con ellos. Leer a Leopardi, como leer a Hegel o a Nietzsche, a Balzac o a Baudelaire, es leer a un contemporáneo. Estoy seguro de que ante estos opúsculos el lector va a poder constatar que el mundo de Leopardi es nuestro mundo, es el *soleil levant* de nuestro mundo, un sol negro sin dudas: digo "sol naciente" en francés porque pienso en las obras tendencialmente informes de los impresionistas, y digo "sol negro" porque pienso en la obra homónima de Damien Hirst, que podemos tomar como símbolos de un estado del alma dominante, caracterizado por la falta de forma y por el culto a la fealdad. En la incipiente conversación que propone este ensayo puse el acento exclusivamente sobre aquellos aspectos que unen a Leopardi con la cultura dominante entre nosotros. No es necesario advertir que soslayé los aspectos clásicos que vinculando a Leopardi con la tradición humanística lo colocan delante de nosotros. El más impor-

tante de esos aspectos es que Leopardi conserva todavía la unidad del saber como modo de vida, que el positivismo naciente en aquellos años acabaría por disolver, volviendo así progresivamente imposible la vigencia social de los *studia humaniora*. El lector interesado en este aspecto puede leer el tercero de los *Canti*, «Ad Angelo Mai quando'ebbe trovato i libri di Cicerone della Repubblica», y por cierto cualquiera de estos opúsculos, que la edición al cuidado de Alejandro Patat presenta ampliamente anotados y con un estudio introductorio que con seguridad se cuenta entre las contribuciones más importantes a los estudios leopardianos en nuestra lengua.

Par
Antes de ac
que no consen
muchas denomi
en torno a él (E
plemente no no
na, porque un s
especie- las con
Poeta, eso hasta
siempre descon
rabilidad. Esta
hombre de lo c
cualidad de la
Desde los tribu
moderna, nada i
te acabado con
Jamás nos dirán
rables y que nos
esta, ni siquiera
pensaciones que
quier otro mortal
bres y el olfato de
Recientemente
no siempre fue p
cunstancia tonta d
ne... (Racine, a q
con una pericia qu
poesía saben que

sumario

Editorial

Ricardo H. Her
Hablar

Figuras

Mario Luzi:
**Leopar
en la po**
Mariano Pérez ()
Conside
René Char:
Para no
Pierre Reverdy
Reverdy
Nelo Risi:
**Pierre-J
duda, r**
Alejandro Beke
Lugone
Franco Bordini
La perf

Temas

Giacomo Leopa
Memori

Diagramación: Silvia Otero

© Alción Editora, 2016
Av. Colón 359 - Galería Cinerama - Local 15
5000 - Córdoba - República Argentina
Tel./Fax: (0351) 423-3991
E-mail: nuevaalcioneditorial@gmail.com.ar
www.alcioneditora.com.ar

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
I.S.S.N.: 1514-478X